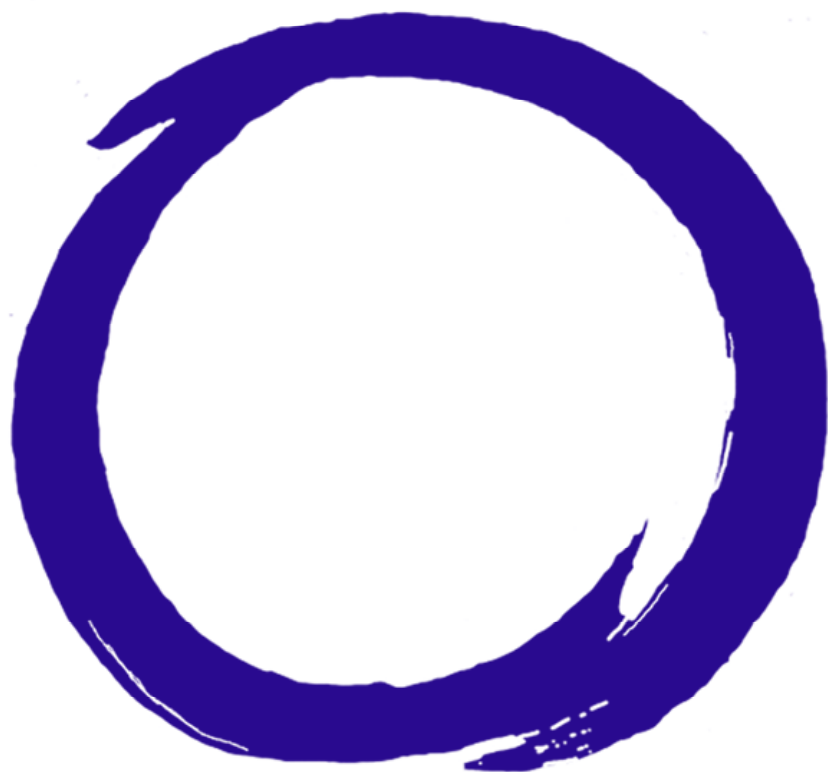


Ivan Bunin primavera eterna



Maldoror ediciones



IVAN BUNIN

PRIMAVERA ETERNA

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Nesrochnaia vesna

Ripol Klassik, 1999

© Primera edición: 2010

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-82-1

MALDOROR ediciones, 2010
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

PRIMAVERA ETERNA

... Y después, querido amigo, me ocurrió un acontecimiento que acabó por marcarme profundamente: en el mes de junio, fui a provincias con el fin de visitar a una de mis amistades que vive en el campo. No ha mucho, aún lo recuerdo, era frecuente viajar de esta manera, y supongo que ocurre lo mismo entre vosotros, en Europa. ¿Pero para qué comparar? Actualmente, en Rusia, es una verdadera hazaña recorrer doscientas o trescientas verstas: la menor distancia parece infranqueable, como en tiempos de Moscovia, y los humildes de Moscú, de escasos medios, apenas pueden ya viajar. En efecto, han aflojado las clavijas y ahora disponemos de toda clase de libertades nuevas que jamás hubiésemos podido soñar; pero no olvides que todo esto es muy reciente.

En una palabra, un buen día volví a sentir algo que hacía mucho tiempo no experimentaba: tomé un fiacre para ir a la estación. En

una de tus cartas, me has hecho comprender entre líneas que habías encontrado “acongojante” el espectáculo que ofrece actualmente la ciudad de Moscú. Pues sí, Moscú se ha vuelto muy fea -me decía-, mientras rodábamos hacia la estación en aquel fiacre salido del fondo del tiempo; además, me cobraron una suma astronómica por una carrera que antaño hubiera costado veinte kopeks; yo observaba las calles con la mirada limpia del viajero que ha partido a la aventura. ¡Qué invasión de gente de rasgos orientales! Cuánto trapicheo en las aceras, a escape -un verdadero “desmadre”, para emplear ese lenguaje hortera que, en este momento, está tan de moda entre nosotros. ¡Cuántas casas demolidas y calles socavadas! Algunos árboles todavía enhiestos se obstinan en crecer. Las plazas ante las estaciones son un inmenso bazar donde alguien compra o vende algo; atraen a un gentío marginal de especuladores,

de ladrones, de putas, de figone-
ros ambulantes que venden cual-
quier porquería. En las estacio-
nes, se restablecieron las dife-
rentes clases para los buffets y
las salas de espera, pero esos
lugares de acogida son, por ahora,
infectos cuchitriles. Hay empujo-
nes por todas partes, ¡se ven tan
pocos trenes! Procurarse un bille-
te es una ardua tarea llena de
formalidades y minucias, y cuando
finalmente se trata de subir al
tren -un viejo tren botijo con
ruedas carcomidas por la herrum-
bre-, eso puede considerarse ver-
daderamente como una proeza. Así,
pues, son muchos los viajeros que
sitian la estación la noche de la
víspera para estar al pie del
cañón.

Por mi parte, llegué sólo dos
horas antes de la salida del tren,
lo cual era muy imprudente porque
estuve a punto de quedarme sin
billete. Finalmente la situación
se desbloqueó mal que bien
(mediando una propina, por supues-

to); pude conseguir mi billete, subir al tren e incluso encontrar un sitio en un banco y no en el suelo. El tren arrancó, Moscú desapareció en la lejanía detrás de mí, y vi desfilan los paisajes que había olvidado: campos, bosques, pueblos que recuperan su humilde vida de antaño tras la loca y ruinosa orgía que Rusia se ha ofrecido. Pronto los ojos comenzaron a parpadear, las cabezas a mecerse, y los mozos que poco antes había visto subir al asalto del vagón estaban ahora casi todos roncando, con la boca abierta. Frente a mí iba un campesino de deslucido pelo castaño, alto, muy seguro de sí mismo. Al principio, fumaba y escupía sin pausa en el suelo, aplastando sus escupitajos con la punta de su bota y haciéndola crujir. Después sacó del bolsillo de su gabán una botella de leche que se puso a beber a grandes tragos, interrumpiéndose sólo para respirar. Tras vaciar la botella, se retrepó en su asiento y, echado

contra el duro respaldo, se puso también a roncar; el hedor que se desprendía de toda su persona me volvió como loco. No pudiendo soportarlo, abandoné mi sitio para permanecer de pie en la plataforma del vagón. Me encontré allí con alguien a quien no veía desde hacía cuatro años: un viejo profesor de universidad, antaño muy rico; le costaba guardar el equilibrio, a causa de las sacudidas del tren; apenas pude reconocerle, tanto había envejecido; podríamos decir un anciano en peregrinaje a los lugares santos. Sus zapatos, su abrigo, su sombrero estaban aún más deslucidos que los míos. No se había afeitado desde hacía lustros y sus griseos cabellos caían sobre sus hombros en mechones sueltos; llevaba en la mano una bolsa de tela gruesa, una segunda bolsa estaba posada a sus pies. “Vuelvo a mi casa, al campo -me explicó-, me han concedido una parcela en mi antiguo dominio, y ahora, sabe, ya me he acostumbrado a vivir con

poco, como el amigo moscovita al que usted va a ver; trabajo con mis manos para asegurar mi sustento, pero cuando tengo un momento libre lo dedico a ese gran trabajo de historiador que no ha mucho había emprendido y que debería, creo, abrir nuevas perspectivas a la investigación histórica...” El disco argentado del sol discurría bajo, tras los troncos, tras el bosque. Al cabo de una media hora mi historiador descendió en una pequeña estación, y pude ver cómo se alejaba renqueando con sus bolsas a lo largo del paseo de verdinosos abedules, en el aire fresco del crepúsculo. Yo llegué a mi destino a la caída de la noche, pasadas las diez. Y como el tren llegó con retraso, el campesino que había venido a buscarme se volvió a marchar tras haberme esperado en vano. ¿Qué hacer? ¿Pasar la noche en la estación? Era inútil pensar en eso, pues echan el cierre; de todas formas, abierta o cerrada, carece de ban-

cos y asientos -"¡ahora, querido, ya no hay señores!"- y es poco agradable dormir en el suelo incluso para un ciudadano "soviético". En cuanto a encontrar allí a un campesino disponible, es actualmente un intento que está condenado al fracaso. Charlé durante un rato con un mujik que estaba sentado cerca de la puerta de la estación, que esperaba con un aire moroso e indiferente el tren nocturno para Moscú. Hizo un gesto desilusionado con la mano.

- ¡Quién se atreve ahora a aventurarse por los caminos! Ya no hay caballos, ni personal... Sólo las ruedas, y eso cuesta una fortuna, es horrible...

Le pregunté:

- ¿Y si fuese a pie?

- ¿Va lejos?

Le di el nombre del lugar.

- Desde aquí -dijo- hay que contar una veintena de verstas, no más. Se puede intentar.

- ¿Eso cree? -protesté; ¿a pie, a través del bosque?

- ¡Claro que sí! ¡Por supuesto que se puede hacer!

Y se puso a contarme que la primavera última dos viajeros habían alquilado en el pueblo los servicios de un campesino y que todos habían desaparecido sin dejar rastro:

- No encontraron nada: ni a los viajeros, ni al campesino, ni al caballo, ni el carruaje... Y nunca se supo quién dio el golpe... Ahora, ¡ya nada es como antes!

Evidentemente, después de ese relato, se me habían quitado las ganas de pasar la noche en camino. Decidí esperar hasta la mañana y buscar un alojamiento no lejos de la estación, en una posada -“hay dos”, había precisado el mujik. Pero ninguna me quiso alojar. “Té, todo el que quiera”, me respondieron en una de las posadas. Así, pues, me tomé el té, una especie de tisana repugnante, sin apurar el tiempo, en una pieza miserablemente iluminada. Insistí de nuevo:

- Déjeme al menos pasar la noche en la escalinata.

- Ni lo piense, ¡es poco confortable!

- ¡Eso será mejor que aventurarme al camino!

- ¿Está armado?

- ¡Puede cachearme, si quiere! Y di vuelta a mis bolsillos y desabroché todos mis botones.

- Bueno, está bien; si se lo pide el corazón, puede quedarse en la escalinata. Desde luego, a esta hora, nadie en el pueblo le abrirá la puerta, y además todo el mundo duerme...

Salí y me senté en la escalinata; pronto las luces se apagaron -hacia tiempo que la posada contigua estaba sumida en la oscuridad -y se hizo noche cerrada, y con ella llegó el silencio y el sueño... Pero a mí que no podía dormir, ¡qué larga me pareció aquella noche! En la lejanía celeste, la media luna velada comenzaba a descender tras los negros contornos del bosque. Acabó

por desaparecer, y en el espacio que había abandonado temblaba ahora el destello de un relámpago de calor...

De vez en cuando, invadido por el cansancio de aquella postura -pues estaba sentado-, iba a desentumecer las piernas por el camino que blanqueaba vagamente ante la escalinata; después volvía a sentarme y fumaba tabaco fuerte, tenía el estómago vacío... Eran cerca de las dos cuando oí en el camino un chirrido de ruedas, un choque de cubos contra los ejes: un carruaje se acercó a la posada contigua, se detuvo; alguien comenzó a golpear en el cristal con pequeños toques furtivos y convenidos. El patrón, descalzo, arriesgó una mirada por la puerta entreabierta antes de sacar con precaución la espeluznante cabeza; reconocí entonces al anciano que, por la noche, me había negado el alojamiento con una increíble brutalidad; dio comienzo entonces un tráfico misterioso e interminable;

arrastraban fardos por el suelo -me parecieron pieles de cordero- que no tardaban en apilar en el carruaje del visitante; la escena estaba iluminada por relámpagos cada vez más violentos que abarcaban el bosque, las isbas, el camino. Soplaban un viento fresco y se oían rodar en la lejanía los amenazadores truenos. Yo permanecí allí, sentado, maravillado. ¿Recuerdas las tormentas nocturnas que teníamos en Vassilievskoie? ¿Recuerdas cómo asustaban a toda la gente de casa? Pues bien, imagínate que ahora no me dan ningún miedo, y hasta te diré que esa noche, en la escalinata, contemplaba con una jubilosa fascinación aquella reluciente tormenta seca que no llegaba a estallar. Finalmente, me sentí a pesar de todo terriblemente cansado por aquella larga vigilia, y mi exaltación comenzó a decaer: ¡ciertamente no me veía recorriendo veinte verstas a pie tras una noche sin dormir!